

Tras la COP27 en Sharm-el-Sheij solo queda la lucha

DANIEL TANURO :: 16/02/2023

No habrá ningún paso adelante real sin medidas radicales anticapitalistas, y estas medidas no saldrán de las COP, sino de las luchas y su convergencia

Unos días antes de la inauguración de la COP27 en Sharm-el-Sheij, Egipto, escribí que la conferencia sería una «nueva cumbre del greenwashing [lavado verde], del capitalismo verde y la represión». Esto fue un error. El capitalismo verde sufrió un revés y los fósiles obtuvieron una clara victoria.

En términos climáticos, el capitalismo verde puede definirse como la facción de las empresas y sus representantes políticos que afirma que la catástrofe puede detenerse mediante una política de mercado que anime a las empresas a adoptar tecnologías energéticas verdes o *bajas en carbono*, de modo que puedan conciliarse el crecimiento económico, el aumento de los beneficios y la rápida disminución de las emisiones, e incluso lograr *emisiones netas cero* para 2050. Este componente, conocido como *mitigación* del cambio climático, se completa con un componente conocido como *adaptación* a los efectos ya inevitables del calentamiento global, y con un componente de *financiación* [principalmente para los países del Sur). También en estos dos frentes, los defensores del capitalismo verde creen que el mercado puede hacer el trabajo, incluso ven una oportunidad para el capital.

De Copenhague a París, de «arriba a abajo» a de «abajo hacia arriba»

El acuerdo alcanzado en París en la COP21 (2015) fue una manifestación típica de esta política. Estipulaba que las partes se comprometerían a tomar medidas para mantener el calentamiento «muy por debajo de los 2°C, al tiempo que seguirían esforzándose por no superar los 1,5°C». Cabe recordar que la COP19 (Copenhague, 2009) enterró la idea de una asignación global del «presupuesto de carbono de 2°C» (la cantidad de carbono que aún puede enviarse a la atmósfera para tener una probabilidad razonable de no superar los 2°C este siglo) según las responsabilidades y capacidades diferenciadas de los Estados. Esta distribución global era (y sigue siendo) el enfoque más racional para combinar la eficiencia climática y la justicia social, pero este enfoque descendente implicaba ajustar las cuentas del imperialismo, algo que EEUU y la UE no querían a ningún precio. Por ello, la COP20 (Cancún, 2010) adoptó un enfoque «ascendente», más compatible con el *zeitgeist* [espíritu del tiempo] neoliberal: cada Estado determinaría su *contribución nacional* al esfuerzo climático, y se vería, a lo largo de las COP anuales, 1°) si la suma de los esfuerzos es suficiente, y 2°) si la distribución de los esfuerzos se ajusta al principio de «responsabilidad común pero diferenciada» que consagra la Convención Marco sobre el Cambio Climático (ONU, Río, 1992).

Recordemos que esta Convención Marco afirmó la voluntad de las partes de evitar «interferencias antropogénicas peligrosas en el sistema climático». Seis años después de Copenhague, veintitrés años después de Río, París aclaró por fin lo que se quería decir. Es

la fórmula que mencionamos anteriormente: «mantenerse muy por debajo de los 2°C mientras se continúa con los esfuerzos para evitar superar los 1,5°C ...». Pero hay una ambigüedad evidente: al final, ¿dónde está el umbral de riesgo? ¿En 2°C o en 1,5°C? Se pidió al IPCC que diera una respuesta a esta cuestión y presentó un informe específico que muestra claramente que medio grado más o menos tendrá una enorme diferencia en términos de impacto. En este sentido, la COP26 (Glasgow, 2021) dió la razón a los representantes de los pequeños Estados insulares que lanzaron la voz de alarma: debemos mantenernos por debajo de 1,5°C de calentamiento.

Pero, ¿cómo se puede hacer esto? La diferencia entre las *contribuciones nacionales* de los Estados y la trayectoria a seguir para mantenerse por debajo de 1,5°C (o para superar sólo ligeramente este umbral, con la posibilidad de volver a caer por debajo con bastante rapidez) es abismal: sobre la base de las contribuciones nacionales, el calentamiento superará alegremente ese objetivo. Los redactores del Acuerdo de París eran conscientes de esta *brecha de emisiones* [entre objetivos y compromisos]. Por ello, decidieron que los compromisos climáticos de las partes se someterían a un ejercicio de *ampliación* cada cinco años, con la esperanza de cerrar gradualmente la brecha entre los compromisos y el objetivo. El problema es que, seis años más tarde, el objetivo (1,5°C como máximo) se ha vuelto mucho más restrictivo, y el tiempo disponible para alcanzarlo se ha reducido a un hilo.

De París a Glasgow: ¿elevar las ambiciones»?

En Glasgow, el mensaje de los científicos fue muy claro: a) la reducción de las emisiones mundiales debe empezar ya, b) el pico mundial debe superarse a más tardar en 2025, c) las emisiones de CO₂ (¡y del metano!) deben reducirse en un 45% a nivel mundial de aquí a 2030, y d) la justicia climática significa que el 1% más rico dividirá sus emisiones por treinta mientras que el 50% más pobre las multiplicará por tres. Todo ello, sin olvidar los enormes esfuerzos necesarios en materia de adaptación y financiación, sobre todo en los países pobres...

En este contexto, Glasgow no podía sino constatar la obsolescencia acelerada de la estrategia quinquenal de *aumento de las ambiciones* adoptada en París: nadie podía afirmar seriamente que una ronda de financiación cada cinco años permitiría cerrar la brecha de emisiones. En un contexto muy tenso, la Presidencia británica propuso que el componente de mitigación se sometiera a una revisión anual durante la *década decisiva*: 2020-2030, y se adoptó este procedimiento. La Presidencia también propuso decidir la eliminación rápida del carbón, pero esto fue vetado por India, por lo que se decidió *reducir* en lugar de *eliminar* el uso del carbón.

En Sharm-el-Sheij: hagan sus apuestas, no pasa nada

Al final de la COP27, el balance es bastante claro: no queda casi nada de los compromisos adquiridos en Glasgow.

No se produjo el aumento anual de la ambición. Todos los Estados deberían haber actualizado sus *contribuciones nacionales*: sólo treinta lo han hecho, y aun así, no lo suficiente (véase mi artículo anterior a la COP, <https://lahaine.org/gC3d>). Es muy probable

que este sea el último intento y que a partir de ahora se utilice el proceso de revisión quinquenal previsto en la COP21... mientras, se pretende ignorar hipócritamente que es imposible respetar el límite de 1,5°C!

La COP26 adoptó un "programa de trabajo de mitigación" que la COP27 debía aplicar. Esta última se limitó a decidir que el proceso sería «no prescriptivo, no punitivo» y «no conduciría a nuevos objetivos». Además, el objetivo máximo de 1,5°C adoptado en Glasgow estuvo a punto de ser cuestionado explícitamente (fue cuestionado explícitamente, fuera de la sesión plenaria, por los representantes de Rusia y Arabia Saudí, por no hablar de los globos sonda lanzados por China e India durante algunas reuniones del G20).

No se ha tomado ninguna decisión para hacer realidad la *reducción progresiva* del carbón. La delegación india propuso hábilmente un texto sobre la eventual salida de todos los combustibles fósiles (no sólo el carbón, sino también el petróleo y el gas). Sorprendentemente, ochenta países, *desarrollados y en vías de desarrollo*, la apoyaron, pero la presidencia egipcia ni siquiera la mencionó. La declaración final no dice nada al respecto. El término «combustibles fósiles» sólo aparece una vez en el texto, en el que se pide «acelerar los esfuerzos para reducir (el uso de) el carbón no utilizado y eliminar las subvenciones ineficientes a los combustibles fósiles». La fórmula es exactamente la misma que la adoptada en Glasgow... (el término «carbón no degradado» se refiere a las instalaciones de combustión sin captura de CO₂ para su almacenamiento geológico o uso industrial...). Según las filtraciones de las discusiones entre los jefes de las delegaciones, los saudíes y los rusos se opusieron a cualquier otra mención de los combustibles fósiles en el texto. El representante ruso llegó a decir: «Esto es inaceptable. No podemos empeorar la situación energética» (Carbon brief, Key Outcomes of COP27). ¡El hospital se burla de la caridad!

Pensábamos que ya habíamos visto todo lo que había que ver en términos de lavado verde, pero no: algunas de las decisiones tomadas en Sharm-el-Sheij abren el riesgo a que los derechos de contaminación se cuenten dos veces. París había decidido el principio de un *nuevo mecanismo de mercado* que relevaría al MDL (Mecanismo de Desarrollo Limpio, creado por el Protocolo de Kioto). A partir de ahora, el mercado de derechos tendrá dos niveles: por un lado, un mercado de créditos de emisión, y, por otro, un mercado libre de «contribuciones de mitigación», en el que nada impide que las llamadas reducciones de emisiones se contabilicen dos veces (una por el vendedor y otra por el comprador!). Además, los países que suscriban acuerdos bilaterales de reducción de emisiones tendrán libertad para decidir que los medios utilizados son «confidenciales»... ¡y por tanto no verificables!

El tema tan de moda de la «eliminación del carbono» de la atmósfera aumenta en gran medida los riesgos de lavado verde en el mercado de créditos de emisión. En teoría, podrían utilizarse varios métodos y tecnologías, pero existe un gran peligro de que se utilicen como sustituto de la reducción de emisiones. Por lo tanto, las cosas deben estar muy estrictamente definidas y supervisadas. Especialmente cuando implican el uso de zonas terrestres con fines energéticos, ya que existe un claro riesgo de que dicho uso entre en conflicto con la nutrición humana y la protección de la biodiversidad. Un organismo técnico designado con antelación debía estudiar el problema. Se enfrenta a tal masa de propuestas

impugnadas o no probadas, impulsado por una alianza entre los fósiles y la agroindustria, que es de temer lo peor.

«Pérdidas y daños»: el bosque por los árboles

La decisión de crear un fondo para «pérdidas y daños» ha recibido mucha atención en los medios de comunicación. Se trata de una reivindicación que los países pobres y los pequeños Estados insulares llevan haciendo desde hace 30 años: los desastres climáticos que sufren son muy costosos, son fruto del calentamiento global causado principalmente por los países capitalistas desarrollados y los responsables deberían pagar, a través de un fondo *ad hoc*. EEUU y la Unión Europea siempre se han opuesto a esta exigencia, pero en Sharm-el-Sheij la presión de los países *en vías de desarrollo* fue demasiado fuerte y no había lugar para más vacilaciones: o se creaba un fondo, o el proceso de la COP llegaría a su fin y se crearía una profunda brecha entre el Norte y el Sur. Cabe señalar que este «Sur» incluye países tan diferentes como las monarquías petroleras, China y los llamados «países menos desarrollados». Para evitar que este pequeño mundo formase un bloque apoyado por el discurso *antioccidental* del Kremlin, el imperialismo occidental no podía permitirse no hacer nada. La UE desbloqueó la situación estableciendo condiciones: 1) que el fondo se constituya con diversas fuentes de financiación (incluidas las existentes y otras *novedosas*); 2) que sus intervenciones beneficien sólo a los países más vulnerables y 3) que la COP «eleve las ambiciones» de mitigación. Los dos primeros puntos se cumplieron, el tercero no.

Sin duda, la creación del fondo es una victoria para los países más pobres, cada vez más afectados por catástrofes como las inundaciones que han afectado recientemente a Pakistán y Níger, o los tifones que asolan cada vez más a Filipinas. Pero es una victoria simbólica, ya que la COP27 sólo adoptó una vaga decisión de principio. ¿Quién pagará? ¿Cuándo se pagará? ¿Cuánto va a costar? Y, sobre todo: ¿a quién irán destinados los fondos? ¿A las víctimas sobre el terreno o a los intermediarios corruptos? En todas estas cuestiones, podemos esperar duras batallas. Arabia Saudí, los Emiratos y Qatar se negarán a pagar, alegando que la ONU los define como «países en desarrollo». Lo más probable es que China haga lo mismo, argumentando que contribuye mediante acuerdos bilaterales como parte de su «nueva ruta de la seda». El capitalismo no se hará cargo del desastre del que es responsable y que está destruyendo la vida de millones de hombres y mujeres en el Sur, pero también en el Norte (aunque las consecuencias sean, por el momento, menos dramáticas) ...

Los gritos de victoria sobre el fondo para «pérdidas y daños» son tanto más injustificados cuanto que las demás promesas en materia de financiación siguen sin cumplirse por parte de los países ricos: los cien mil millones de dólares anuales no se han ingresado en el Fondo Verde para el Clima, y el compromiso de duplicar los recursos del fondo de adaptación sigue sin cumplirse.

Una victoria para los fósiles, ganada en nombre de... ¡los más pobres!

Este no es el lugar para entrar en más detalles, ya que otras publicaciones lo han hecho muy bien (Carbon Brief, Home Climate News, CLARA, entre otros). La conclusión que se desprende es que en Sharm-el-Sheij la política climática del capitalismo verde, con sus tres componentes (mitigación, adaptación, financiación) ha fracasado. La Unión Europea,

campeona del capitalismo verde, estuvo a punto de abandonar. Por otro lado, la COP27 se saldó con una victoria del capital fósil.

Esta victoria es principalmente el resultado del contexto geopolítico creado por el fin (?) de la pandemia y acentuado por la guerra de agresión rusa contra el pueblo ucraniano. Hemos entrado en una coyuntura de crecientes rivalidades interimperialistas y de rearme total. Las guerras, por así decirlo, son todavía sólo locales, y no todas están declaradas aún, pero la posibilidad de una conflagración persigue a todos los dirigentes capitalistas. Aunque no lo quieran, se están preparando para ello, y esta preparación, paradójicamente, implica tanto la aceleración del desarrollo de las energías renovables como el aumento del recurso a las energías fósiles, con lo que se amplían considerablemente las posibilidades de beneficio de los grandes grupos capitalistas del carbón, el petróleo, el gas... y del capital financiero que está detrás. No es casualidad que, un año después de Glasgow, la GFANZ (Glasgow Financial Alliance for Net Zero) de Mark Carney se desinfla: los bancos y los fondos de pensiones están menos dispuestos que nunca a cumplir las normas de la ONU («Race for Zero net») sobre la prohibición de las inversiones en combustibles fósiles...

En segundo lugar, es el resultado de la propia naturaleza del proceso de la COP. Desde París, el patrocinio capitalista de estas cumbres se ha disparado. En Sharm-el-Sheij, parece que la cantidad se ha convertido en calidad. De las veinte empresas patrocinadoras del evento, sólo dos no estaban directa o indirectamente vinculadas a la industria de los combustibles fósiles. Los grupos de presión de la industria del carbón, el petróleo y el gas enviaron más de 600 delegados a la conferencia. A esto hay que añadir los *topos fósiles* en las delegaciones de muchos Estados (incluidos los representantes de los oligarcas rusos sancionados!), por no hablar de las delegaciones oficiales formadas íntegramente por estos *topos*, especialmente las de las petro-monarquías de Oriente Medio.

Toda esta escoria fósil parece haber cambiado de táctica: en lugar de negar el cambio climático, o su origen *antrópico*, o el polo de CO₂, ahora se hace hincapié en los «fósiles limpios» y las tecnologías de «eliminación de carbono». La delegación de los Emiratos (un millar de delegados!) organizó un acto paralelo para atraer socios que colaboren en un vasto proyecto de *petróleo verde* que consiste (estúpidamente, porque la tecnología es conocida) en inyectar CO₂ en los yacimientos para producir más petróleo... cuya combustión producirá más CO₂. El *Financial Times*, que está, hay que decirlo, por encima de cualquier sospecha de anticapitalismo, no tuvo miedo de poner las cartas sobre la mesa: el dominio de los fósiles en las negociaciones ha crecido tanto que la COP27 era, de hecho, una feria de inversiones, especialmente en gas («energía verde», según la Unión Europea!), pero también en petróleo, e incluso en carbón (*FT*, 26/11/2022).

También intervino un tercer factor: el papel de la presidencia egipcia. En la última sesión plenaria, el representante de Arabia Saudí le dio las gracias, en nombre de su país y de la Liga Árabe. En efecto, la dictadura del general Sissi ha logrado una doble hazaña: por un lado, se ha impuesto como un país aceptable a pesar de la feroz represión contra toda la oposición; y por otro, se ha hecho pasar por portavoz de los pueblos sedientos de justicia climática, en particular en el continente más pobre del mundo... aunque en realidad actuaba en connivencia con los más implacables explotadores de combustibles fósiles, que son tan ricos que no saben qué hacer con su fortuna.

En su discurso final, el representante saudí añadió: «Nos gustaría subrayar que la Convención (la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, DT) debe abordar las emisiones, no el origen de las mismas". En otras palabras: explotemos y quememos los combustibles fósiles, no es necesario eliminar esta fuente de energía, centrémonos en cómo eliminar el CO2 de la atmósfera mediante la *compensación* de las emisiones (captura y secuestro geológico, plantaciones de árboles, compra de *derechos para contaminar*, etc).

Solo queda la lucha de masas

Los europeos, con Frank Timmermans a la cabeza, lloriquean y se dan golpes en el pecho: «la posibilidad de mantenerse por debajo de 1,5°C es cada vez más baja y está desapareciendo», dicen en esencia. En efecto, lo es. Pero ¿de quién es la culpa? Sería demasiado fácil culpar a otros. En realidad, estos heraldos del capitalismo verde están atrapados en su propia lógica neoliberal: ¿no apuestan juran el mercado?... Pues bien, los fósiles, que dominan el mercado, dominaron la COP. El tiempo dirá si no se trata más que de un hipo en la historia. La COP28 estará presidida por los Emiratos Árabes Unidos, por lo que no hay que esperar nada de esa parte.

La respuesta, de hecho, dependerá de la evolución de la situación geopolítica mundial, es decir, en última instancia, de las luchas sociales y ecológicas. O bien las revueltas masivas harán temblar a los poderosos y les obligarán a ceder; en este caso, sea cual sea el origen de la lucha (¿inflación? ¿demasiados asesinatos, como en Irán? ¿confinamiento policial, como en China?), se abrirá un espacio para unir lo social y lo ecológico, y así imponer medidas que vayan en la dirección de una política climática diferente. Si no, la carrera hacia el abismo continuará.

Esta vez nadie se atrevió a decir, como otras veces, que esta COP, «aunque decepcionante», era sin embargo «un paso adelante». De hecho, hay dos cosas que ahora están muy claras: 1) no habrá ningún *paso adelante* real sin medidas radicales anticapitalistas y antiproductivistas, y 2) estas medidas no saldrán de las COP, sino de las luchas y su convergencia.

Gauche Anticapitaliste-Belgique / Contrahegemoniaweb

<https://www.lahaine.org/mundo.php/tras-la-cop27-en-sharm>